

**RELIGIOSAS Y LAICAS CON OPCIÓN POR LOS POBRES. DICTADURAS Y DERECHOS
HUMANOS EN AMÉRICA LATINA¹**
(Comentario a los escritos)

Clara María Temporelli
Orden de la Compañía de María N.S

*El pensamiento nace de los acontecimientos de la experiencia vivida
y debe mantenerse vinculado a ellos
como los únicos indicadores para poder orientarse.*
Hannah Arendt (1988, p. 87)

Animo a lectores y lectoras a no quedar indiferente ante los hechos que aquí se presentan, y experimentar que formamos parte de esta corriente vital, que todas/os somos sus herederas/ros, pues pasado y presente participan de un mismo recorrido “la incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado”². Sirvan estas páginas como recuerdo y reconocimiento de cada una de ellas.

Los trabajos de las autoras Caroline Jaques Cubas, Diana Viñoles y María Soledad Catoggio nos presentan a mujeres comprometidas con sus creencias e ideales, aunque ello a muchas les haya costado la vida. Ellas son testimonios incuestionables de la reivindicación y la denuncia de sistemas políticos que dan la espalda a los derechos humanos más básicos. Mujeres que se unieron al pueblo, que lo amaron y desde sus fuerzas creadoras y su coraje sacaron fuera el amor de sus entrañas para no abandonar a los sufrientes, siendo conscientes del peligro que corrían. Vivían de esta manera su promesa de entregar el amor que latía en su corazón.

Estos hechos ponen de relieve el papel de la mujer en la Iglesia y en los procesos de búsqueda de justicia de un pueblo. Dejan en evidencia que desde su femineidad aportan lo específicamente suyo, el cuidado y la entrega sin límites, la sencillez y la pobreza, el sentimiento de igualdad, la compasión activa, la cercanía, la capacidad de acompañar en el

¹ Este comentario está basado en el libro de Clara María Temporelli, CREDO (2019).

² Afirmación de Marc Bloch, citada por Pierre Rosanvallon en *Histoire conceptuelle du politique*. Le Sevil 2003: 28.

dolor, la fortaleza en el conflicto, el discernimiento, la decisión a la hora de optar, la lucidez para analizar la realidad y su innegable liderazgo popular.

Hoy en nuestro mundo continúan existiendo situaciones que requieren “darlo todo por amor”. Se mata a quien estorba, se mata a quien se teme, se mata en este caso por “odio al amor”. Amor que se propaga, que ilumina y protege al desvalido.

Tenemos la certeza que Dios continúa actuando, revelándose en la historia a través de sus amigos y amigas que se convierten en profetas, en luz, en manantial que renueva nuestras fuerzas en el combate de la fe y la entrega, y que el recuerdo es el privilegio que permite no olvidar la historia y desde ella hacer memoria y experiencia de Dios.

Las mártires salen del anonimato, como mujeres laicas y como consagradas. En cada una reconocemos a “esa mujer de carácter; que mantiene su dignidad y enfrenta el futuro” (Proverbios 31, 25).

La sociedad latinoamericana y caribeña ha experimentado sistemas políticos represivos, autoritarios, que generaron un “miedo crónico”. Miles de personas han sido perseguidas, torturadas, asesinadas, exiliadas; también han sufrido la violencia generada por el sistema imperante que produce aniquilación y muerte por intereses políticos y económicos. En el planeta se da un forcejeo entre las potencias del mundo por la biodiversidad con sus fuentes energéticas a ellas vinculadas: el agua dulce, la ingeniería genética, los minerales claves para el desarrollo tecnológico, etc. Las mártires que presentamos sufrieron en sus cuerpos, psiquis y espíritu esta situación y sus consecuencias. Ellas nos enfrentan a los diversos desafíos que nos plantea la injusticia de este mundo global.

Haber rescatado del olvido y de la desmemoria interesada de nuestra cultura de hoy a estas mujeres anónimas e insignificantes como María de Nazaret, símbolo de otras muchas que se ven recogidas en ellas. Mujeres a veces cuidadosamente veladas por las iglesias y por las sociedades, porque molestan a ambas, pero necesarias porque su historia acaba siendo una rápida (e incompleta) antología de toda la increíble maldad y toda la inaudita bondad que cabe en el ser humano. No se leen unas páginas así quedándose uno igual.

Desde estos presupuestos, se puede vislumbrar la necesidad de forjar en nosotros/as una espiritualidad para la vida cristiana del futuro como “espiritualidad de resistencia”, que deriva de una espiritualidad de la encarnación: porque ésta no es más que la forma de resistencia de Dios al pecado del mundo.

No está muy lejos ese modo de hablar de J. B. Metz cuando definió a la vida religiosa como una “terapia de shock” para la Iglesia, fruto de lo que él llama “pasión de Dios”: libertad

respecto de toda apariencia de “poder sagrado” (mucho más libres las mujeres en este punto) que permite esa sacudida a una institución como la eclesial que la necesita de vez en cuando.

Debo añadir que la recuperación de esta memoria no me resulta fácil, tocar estos temas es realizar una *kátharsis* de mi pasado cuando, siendo estudiante, estalló la criminal dictadura argentina, me tocó conocer la detención personal y, sobre todo, la desaparición de íntimos amigos y amigas.

Pese a ser diferentes los países (Brasil y Argentina), no lo es el esquema ideológico: todo consiste en que aquello que se opone a la codicia y al egoísmo de los más ricos es declarado subversivo o comunista: todo sin ninguna clase de matices. Junto como Madeleine Debrêl podemos afirmar: “El que ha visto tanta miseria injusta ya no será el mismo para el resto de su vida” (1997).

Como podremos observar y deducir la vida religiosa femenina mística-profética y martirial ha contribuido sin duda a la renovación y al renacer de una espiritualidad resistente y encarnada, de una eclesiología dinámica y participativa, de una pastoral que responde a las necesidades del contexto, a la vida inter-congregacional, inter-generacional y ecuménica desde la praxis por la defensa de la vida, la justicia y la paz.

No podemos concluir sin hacer mención a la práctica violenta de la tortura que algunas mártires sufrieron antes de morir. Ésta escinde a la persona por la mitad, obliga al torturado a luchar contra sí mismo. Coloca la mente contra el cuerpo. La tortura apunta a la destrucción de la identidad política y psicológica de las personas. La mente quiere ser fiel a la causa de sus amigos/as y compañeros/as, no quiere de ninguna manera entregarles. El cuerpo, sometido a extrema humillación, dolor e intimidación, para verse libre, tiende a hablar para librarse de esta situación. Esta es la escisión. Es uno de los mayores crímenes de inhumanidad que pueden existir. Fueron muchas las mujeres que experimentaron ese abuso físico, sexual y psicológico que en forma intencional es aplicada generalmente por hombres. Todas estas mujeres han sido privadas de libertad, incomunicadas, recluidas en lugares ocultos y aisladas totalmente. A nivel psicológico sufrieron inseguridad, incapacidad, inestabilidad, a pesar de ello lograron desarrollar una fortaleza interna que los sistemas de dominación no lograron destruir. Vivieron insertas en un sistema de violencia de origen social y político generadas por gobiernos represivos, pero con plena conciencia de los derechos humanos que intentaron defender desde una visión que partió de la justicia para lograr su consecuencia: la paz.

Respecto a los mártires de este último tiempo histórico Juan Pablo II expresó: “Estos hermanos y hermanas nuestras en la fe constituyen una especie de gran cuadro de la

humanidad cristiana del siglo XX, un cuadro de las Bienaventuranzas, vivido hasta el derramamiento de sangre” (homilía del 7 de mayo de 2000, en el Coliseo).

Y el Papa Benedicto XVI, durante su visita a la Iglesia de San Bartolomé en Roma, Santuario de los Nuevos Mártires de nuestro tiempo el 7 de abril de 2008 afirmó:

Es verdad: aparentemente parece que la violencia, los totalitarismos, la persecución, la brutalidad ciega se revelan más fuertes, acallando la voz de los testigos de la fe, que pueden parecer humanamente como fracasados de la historia. Pero Jesús resucitado ilumina su testimonio y comprendemos así el sentido del martirio. En el fracaso, en la humillación de cuantos sufren a causa del Evangelio, actúa una fuerza que el mundo no conoce. Es la fuerza del amor, inerme y victorioso, incluso en la aparente derrota. Es la fuerza que desafía y vence a la muerte.

Reiteramos una vez más que *no habrá justicia sin verdad y no habrá paz sin justicia* ya que, como dice el salmista,

El Amor y la Verdad se encontrarán, la Justicia y la Paz se abrazarán; la Verdad brotará de la tierra y la Justicia mirará desde el cielo. El mismo Señor nos dará sus bienes y nuestra tierra producirá sus frutos. La Justicia irá delante de él, y la Paz, sobre la huella de sus pasos. (Salmo 85)

En las Primeras Jornadas latinoamericanas sobre Congregaciones religiosas femeninas realizadas en la UCA en octubre 2019, como dijimos en párrafos anteriores, nos encontramos con tres expositoras: Caroline Jaques Cubas, quien titula su conferencia “Formas de resistir: religiosas en tiempos de la dictadura militar en Brasil”; Diana Viñoles, profesora de La Universidad Nacional de Tierra Del Fuego, Antártida e Islas Del Atlántico Sur, con su tema “Espacio-tiempo en la existencia de Alice Domon” y María Soledad Catoggio, de CEIL-CONICET/UBA, “Las desaparecidas de La Iglesia: las católicas frente a la dictadura”. Los tres trabajos de investigación se centran en diversos ejes. Carolina Cubas en la presencia de religiosas en movimientos de resistencia a la dictadura militar, destacando en su análisis la categoría de género; Diana Viñoles en la vida, secuestro y desaparición de Alice Domon e inicia su ponencia a partir de una pregunta ¿Alice Domon debería ser declarada santa de la Iglesia?; María Soledad Catoggio analiza las redes por las que

transitaron tanto religiosas como laicas que fueron perseguidas y desaparecidas en la última dictadura cívico-militar de Argentina, rescata con nombre y apellido a mujeres católicas.

Las mártires y la constelación que las rodea siguen siendo una referencia y una bendición en el presente. Es cierto que la historia sigue, que no hay que quedarse en el pasado, por eso hemos de encarnarnos en las realidades que están apareciendo en nuestra historia y discernir muy bien los signos de este tiempo por el que Dios está pasando y desde el que Dios nos está llamando.

Recordar a las mártires no es volver atrás ni ofrecer modelos anacrónicos de imitación. Eso sería una pobre manera de enfrentar el presente. Pero el pasado puede ser también roca sobre la que edificar. Edificar sobre las mártires es encontrar una base firme sobre la que apoyarnos, para que la Iglesia, la vida cristiana y religiosa no sean movidas por cualquier viento que las tambalee. Nuestras mártires son roca para el hoy. Y siempre será válida la pregunta ¿qué nos dicen hoy estas mujeres, cristianas, extranjeras o nativas y mártires?

La memoria y la celebración de las mártires tienen un sabor humano hondo. Humano por lo que recuerdan, por lo que cuestionan, por lo que inspiran y animan. El recordarlas añade a lo humano lo específico de lo femenino, la inmediatez con la vida y con la gente, los detalles de ternura, de sencillez, sin ningún matiz de autoritarismo, ni prepotencia. En definitiva, son recuerdos y celebraciones *de la mujer*; son historias de vida que hablan de amor cálido, floreciente, vivificante.

La vida de cada mártir nos hizo preguntar cuál ha de ser el lugar en la Iglesia, de la Vida Religiosa, de la Vida Cristiana frente a estos y otros desafíos. La respuesta ha de surgir de la valiente andadura eclesial universal, latinoamericana y caribeña que nos precede e ilumina; del Concilio Vaticano II, que celebra más de cincuenta años, de ellos emerge nuestra memoria agradecida por el proceso conciliar iniciado, acontecimiento cuya realización continúa abierta. Juan XXIII despertó a la Iglesia y a la sociedad con una Buena Nueva que encontró terreno fértil en nuestro continente, el Papa Francisco se ha propuesto continuar este proceso, consciente que se necesita para ello más de un pontificado.

Desde la herencia de mujeres y hombres que derramaron su sangre por la causa del Reino, reconocemos a la historia como lugar donde Dios nos sigue hablando. Conducidos por el Espíritu del Señor que llena el universo, hemos de discernir junto a nuestro pueblo en los acontecimientos, exigencias y deseos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios. Reconocemos que la evangelización impulsada, junto a laicas y laicos y a nuestros pastores, “no puede ser atemporal ni a-histórica”. Queremos reproducir con valor la

audacia, la creatividad y la santidad de estas mártires como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy. No queremos limitarnos a leer los signos, sino que deseamos contribuir a elaborar y llevar a cabo nuevos proyectos de evangelización para las situaciones actuales.

Si no dialogamos constantemente con la sensibilidad de las mujeres y de los hombres de hoy, corremos el riesgo de tener un tesoro y no poder ofrecerlo. Siempre hay una Palabra de Dios dicha para cada tiempo. Dios no se calla. Esto no podemos olvidarlo.

Como mujeres no podemos perder la memoria ni de las grandes aportaciones, ni de las pequeñas cosas, porque lo contrario nos convierte en ingratas respecto a las antecesoras que siguen bregando por aspectos y derechos sociopolíticos, eclesiales, religiosos, ecológicos, educativos, culturales de los desposeídos, de las mujeres, de los pobres de la tierra... La falta de memoria produce cansancio, hastío, porque desanima a las pioneras y obliga a las herederas a comenzar siempre de cero, gastando muchas energías al no tener referentes válidos (De Miguel, 2002).

Tener memoria nos permitirá saber que ni cualquier tiempo pasado fue mejor ni el futuro lo será por sí mismo. Hemos de responsabilizarnos de generar y reproducir esa memoria, por eso tenemos que dejar constancia de nuestra vida, de nuestros quehaceres cotidianos, de nuestros intereses, luchas, inquietudes, resistencias, las generaciones posteriores necesitan conocernos, visibilizarnos, de otra manera darán por supuesto que existíamos, que estábamos presentes, les pareceremos idénticas e intercambiables, pero no somos huérfanas sin historia, disponemos de nuestra propia genealogía que nos legitima.

Estas vidas se realizaron con la grandeza y la modestia de lo concreto, según el estilo de Dios. Lo significativo e importante ha sido esa “encarnación y resistencia radical”, el perder la vida en este mundo y por este mundo, lo que supone la exigencia de salir de sí mismo y abrirse más a Dios y a los otros. Esta encarnación va acompañada de una radicalidad en la búsqueda de Dios y en el esfuerzo de encarnación, allí está Dios pues “Dios está en la vida real” (Rambla Blanch, 2007, p. 66).

Caminar por las diversas realidades donde las heridas están abiertas exige una espiritualidad encarnada dispuesta a estar con las personas y en los lugares donde es difícil, riesgoso e incómodo estar, pide inculturación y diálogo, exige humildad y sencillez en continua gestación que supone creatividad, flexibilidad, dinamismo, desprendimiento de todo poder y sensibilidad humana.

El testimonio de vida exige *discernimiento*, la comunidad y los grupos cristianos a favor de una causa justa, han de llegar a ser un órgano de discernimiento. Paulo VI, en *Octogésima Adveniens* 4, afirmaba:

“analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, según las enseñanzas sociales de la Iglesia”.

El discernimiento implica ser guiados por el Espíritu y por lo mismo ver el mundo, lo que en él hemos de ser y obrar con los ojos del Espíritu, no con los propios ojos. El Espíritu nos sugerirá las maneras de llevar adelante las llamadas recibidas y dará la fuerza para ponerlas en práctica, en el supuesto de que nos hayamos puesto a su entera disposición por medio de una radical conversión interior.

Las mujeres presentadas por Caroline, Diana y María Soledad conocían el riesgo que corrían y optaron. Estas mártires o mujeres perseguidas son antecesoras y hermanas en la fe, que al revivir sus vidas podamos integrarlas a la nuestra de forma activa, son indicadores en el camino que hemos de continuar. Hay esperanza con el surgimiento de movimientos a favor de la justicia global. Hay esperanza en movimientos sociales que procuran lograr una verdadera democracia. Hay esperanza en la defensa y el cuidado de la casa común. Hay esperanza en los sobrevivientes y en los familiares de las víctimas, quienes siguen denunciando y resistiendo al imperio del mal. Y un día se hará realidad la visión de paz de Dios: “De sus espadas harán azadas y de sus lanzas podaderas. Una nación no levantará la espada contra otra y no se adiestrarán para la guerra” (Isaías 2,4).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arent H. (1988). *Entre la historia y la acción*. Paidós.
- Debrêl M. (1997). *La alegría de creer*. Sal Terrae.
- De Miguel, P. (2002). *Los movimientos de mujeres y la teología feminista. Una visión panorámica desde nuestro contexto*. Colección Xrimiri de Pastoral, IDTP, DDB.
- Rambla Blanch, J. (2007). *Dios, la amistad y los pobres*. Sal Terrae.
- Temporelli, C. M. (2019). *Amigas Fuertes de Dios ¿amenaza? ¿Para quiénes?*, 2da. ed. CREDO.